

Ramón Gómez de la Serna, *El alma de los objetos. Minificciones*, ed. de Rafael Cabañas Alamán, León, Eolas, 2019, 304 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.12.2021.XI-XIII>

El alma de los objetos. Minificciones, sexto título de la Colección “Las puertas de lo posible” de la editorial Eolas, ofrece una selección de textos breves de Ramón Gómez de la Serna; edición preparada por el especialista Rafael Cabañas Alamán, responsable también de un volumen sobre fetichismo y perversión en la narrativa del prolífico escritor madrileño, entre otros estudios de su obra.

El volumen se estructura a partir de un prólogo inicial a cargo del editor; un apéndice que detalla la procedencia de las minificciones compiladas y una nota final sobre ediciones anteriores de algunos de estos textos. Así también, se brindan precisas referencias acerca de cuatro textos inéditos, incluidos en esta edición, tomados de los manuscritos del autor actualmente conservados en la Biblioteca de la Universidad de Pittsburgh.

La selección de escritos de Gómez de la Serna, focalizada en su acusado interés por las cosas y la significación de las cosas, se organiza en cuatro apartados temáticos: “El optimismo vitalista”, “Los objetos y el alma”, “Objetos insólitos” y “Perspectivas de la muerte”. Cada apartado se inicia con una breve selección de textos alusivos tomados de *Greguerías*, de 1917; y se cierra con otros de *Total de greguerías*, volumen preparado por Gómez de la Serna en 1955, reeditado en 1962; el colofón a cada apartado está dado por los textos inéditos mencionados. La cuidadosa presentación del material da cuenta del esmero con que ha sido preparada la edición.

El editor ha escogido páginas de prosas breves, así como greguerías procedentes de obras publicadas en cuarenta años de labor creativa, entre 1917 y 1956, que exponen desde distintos ángulos la mirada ramoniana; desentrañadora ávida del alma oculta de las cosas, dispuesta siempre a narrarnos sus secretos “espejismos de espejos de espejos de espejos.” (“La mesa de noche infiel”, 70) Que las cosas tienen alma, que los objetos inanimados no son tales, es verdad que pone en evidencia a cada paso la negación de la supuesta *realidad* del ramonismo; en efecto, “Con mi monóculo sin cristal he observado, como al microscopio, muchas almas ocultas [...] almas rotas y almas nuevas [...] almas que parecen cafeteras rusas [...] almas cascabeles.” La “gran confusión de las almas modernas”

quizás podría paliarse con una “biblioteca circulante de almas”, tal la invención de la estética ramoniana (“Cedulario del alma”, 113 a 115).

Diversos objetos de comportamiento insólito se cuelan a menudo entre sus páginas; así, “los zapatos andan solos”, el tictac del reloj “come de nosotros con menudas dentelladas” (“Greguerías”, 132-133); el caballo de un postillón tiene los “tacones desgastados”, con los que puede sin embargo tomar “el camino del pasado” (“Los pendientes de las casas”, 156); resulta imprescindible “discutir con los diccionarios su excesiva conformidad con lo real”, mientras se postula la redacción del “diccionario de lo que no existe”, volumen reputado de gran interés según la vasta curiosidad autorial (“El diccionario de lo que no existe”, 193).

Desde una profunda empatía vital su mirada interpela las cosas con un humorismo pleno de matices, del que no escapa incluso el tema de la muerte, frecuentemente figurado en espejos y relojes: “Los que llevan el reloj con cadena creen tener más amarrado el tiempo y la vida” (“Total de greguerías”, 85); los espejos del escaparate de una tienda siembran confusión que “peina nuestros pasos al revés” (“La tienda de espejos”, 183); el potencial mordisco de una navaja de afeitar evoca “la diversión de la muerte que quiere llegar, desternillarse” (“La navaja de afeitar”, 236). Una “careta para decir adiós”, por la cual “no se verá mi agonía”, ratifica su perspectiva del final: “Hay que saber ocultarse para morir” (“Careta para morir”, 277).

Por momentos el humorismo ramoniano, mezcla de humor y de poesía, puede teñirse de grotesco y se dispara así ante un personaje que pidió ser enterrado *vestido* en su armadura: “Caballero que tuvo la peregrina idea de ir tan escudado al torneo final [...] Ácaros y necróforos se lo habían comido mejor servido en escudilla” (“Con la armadura puesta”, 283). Pero también puede manifestarse delicadamente poético: “La ropa blanca es como la nieve perpetua y pura, con cierta tibieza en su friolencia, la nieve que se exalta sobre los lodos cotidianos” (“Greguerías selectas”, 36); “Una de esas tardes de otoño, en que el ocaso parece que está la regia majestad bajo palio de brocado de oro” (“La carta comprometedora”, 157).

Destacado y fecundo ingenio de la lengua castellana del siglo XX, en sus últimos años Ramón vio su nombre algo oscurecido por razones ajenas a su talento literario. No decayó sin embargo el interés de lectores y especialistas, quienes supieron reconocer la audacia de sus planteamientos, su intuición anticipatoria de adelantado a su propio tiempo y el virtuosismo de sus logradas creaciones.

Señalamos lo oportuno de esta publicación y su inclusión en una colección que se propone profundizar en los estudios literarios de lo insólito, lo fantástico, lo real maravilloso entre otros temas: pues el gran mérito de la obra ramoniana pasa, gracias a su ingenio, por la radical transformación a lo maravilloso de la grisura cotidiana de las cosas.

MARÍA VICTORIA MARTÍNEZ ARRIZABALAGA
Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)

victoriamartinezunrc@gmail.com